

por dichosa si pudiese ejercer la misericordia sin severidad y la caridad sin castigo; en otros términos, prescindir completamente de la disciplina. Con gran sentimiento suyo, se limita ahora su actividad casi exclusivamente á extirpar del campo de la verdad divina los numerosos errores, que, como malas yerbas, pululan, y á tomar las precauciones necesarias en tiempo oportuno, para impedir, por medio del azadón y de la podadera, que plantas peligrosas invadan el jardín de Dios. Si su más ardiente deseo se cumple, podría entonces consagrarse en paz al servicio de la sabiduría celestial, á la cultura de toda perfección, para la santificación de los que le son confiados, para el mayor bien del género humano, para el cumplimiento del reino de Dios.

En cuanto á nosotros, sabemos que somos hombres. De aquí que no repliquemos contra la disciplina, que, después de todo, es necesaria. Conociendo nuestra debilidad, hacemos nuestro el deseo del salmista: Que el justo me reprenda y corrija con caridad. ⁽¹⁾ Si llega alguna vez el momento de escoger entre lo serio de la verdad, que no nos halaga, y la adulación que acabaría por perdernos completamente, nosotros, pobres hombres pecadores, no vacilaremos mucho en confesar que las heridas que nos son hechas por los que nos aman, valen más que los besos de los que nos odian. ⁽²⁾

(1) Ps. CLX, 5.

(2) Prov. XXVII, 6.

CONFERENCIA XVIII

CRISTIANISMO Y HUMANIDAD

1. **La mayor pena del Maestro durante su peregrinación terrenal.**—No es necesario admitir como artículo de fe, pero puede por lo menos aceptarse como digno de crédito, lo que tantos libros de edificación cuentan sobre la dolorosa marcha de Nuestro Señor, desde el tribunal de Pilatos hasta el Gólgota. Mientras atravesó las calles habitadas por las personas de más distinción, como suele decirse, recogió la amargura de una indiferencia distinguida, de un desprecio orgulloso y de una burla mal disimulada.

Mas cuando entró en el barrio pobre, habitado por gente de baja condición, un dolor más grande le esperaba. Vivían allí aquellos de quienes se había hecho semejante por el exceso de su amor, aquellos á quienes había curado de la lepra, á quienes había saciado con un pan milagrosamente multiplicado. Algunos días antes, le habían recibido con transportes de júbilo, como al enviado de Dios; pero ahora que su estrella ha palidecido, no le escatiman ni maldiciones ni burlas. Cuanto más difícilmente aceptan la verdad los que parecen ser algo en el mundo, tanto más voluble y fácilmente seducible es el pueblo, tanto más excesivo es, desde el momento en que se ha alejado del buen camino. Ahora no les basta ya colmarle de blasfemias, sino que envían á sus hijos á la calle para que le arrojen fragmentos de vasos y basura ante sus pies.

Sin duda alguna, fué esta la mayor pena que affigió su corazón. En su majestad divina, el Maestro no se ha-

bía quejado nunca, y ni siquiera había dejado escapar un suspiro en medio de las vergüenzas y sufrimientos de que había sido colmado. Mas esta vez las lágrimas llenan sus enrojecidos párpados. ¡Los niños que había dado á aquellos ingratos, que había bendecido con particular amor, alejados de Él por sus propios padres y aun sublevados contra Él! He aquí la causa del mayor dolor de su corazón. Sabía, verdad es, que hay hombres á quienes basta hacer bien para recoger seguramente el mal por parte suya, hombres para quienes el recuerdo de los beneficios recibidos es motivo suficiente de una hostilidad que no se borra nunca. Pero contemplar cómo la bondad, con la cual podía esperar ver enternecidos los más duros corazones, se volvía como un arma contra su propio amor, y contemplar tan cruelmente destruido el fruto de tantos sacrificios, he aquí lo que no podía soportar, sin sentirse profundamente conmovido.

2. Ingratitud de la humanidad por la guerra que hace al Cristianismo en nombre de la humanidad.—

Examinando á los hombres de cerca, no parece sino que se han impuesto la misión de continuar los sufrimientos que el Señor soportó por ellos, y renovar sin cesar todas las fases del martirio que en aquel entonces sufrió. El gran enfermo, el género humano, yacía sin socorro y sin esperanza de salvación en medio de los animales de los desiertos. Ya había perdido toda esperanza de recobrar la salud, cuando el Amigo de los hombres bajó del cielo con peligro de su propia vida, y humedeció sus cerrados labios con un licor vivificante. Mas apenas el desgraciado hubo recobrado el conocimiento, cuando limpió su boca, todavía húmeda, y exclamó en un arranque de orgullo: «Yo mismo me he salvado»; y he aquí lo que repitió viendo á su Salvador morir á su lado.

¡Aun más! Negar que se ha recibido un beneficio, es una ingratitud, pero volver el beneficio recibido contra el mismo bienhechor, é introducir un arma en su corazón, es más que ingratitud; es inhumanidad.

Y, sin embargo, en estas pocas palabras hemos descrito la historia de la palabra *humanidad* desde millares de años. Que el Cristianismo haya devuelto al mundo la humanidad que había perdido y olvidado desde largo tiempo; que se haya preocupado de la humanidad pisoteada en los días de Tiberio y de Calígula, cuando la tierra entera gemía bajo el yugo de la tiranía; que la hubiese salvado más fácilmente de una caverna de tigres, y con menos derramamiento de sangre, que de las manos de un Nerón y de un Domiciano, he aquí lo que inmediatamente se ha olvidado, lo que de intento se ha negado, tan pronto como la humanidad ha podido respirar libremente.

En vez de mostrársele agradecida por la vida que de nuevo le había dado, el mundo vió á menudo, en el simple hecho de su existencia, un reproche á su ingratitud, é hizo todo lo posible por hacerlo desaparecer, y hasta para persuadirse de que la religión cristiana era enemiga hereditaria de la humanidad, y que ésta no estaría en seguridad mientras la fe pudiese levantar la voz. La palabra *humanidad* fué precisamente el acero con que se atravesó el corazón del generoso Bienhechor que había salvado á la humanidad al precio de penosísimos sacrificios. El Cristianismo—se decía en todas partes—es el obstáculo infranqueable y el enemigo irreconciliable de toda civilización humana. El Cristianismo,—ha dicho cien veces Voltaire, y el mundo lo ha repetido á menudo después de él,—el Cristianismo ha ahogado durante siglos enteros á la humanidad en la barbarie y en el absurdo; á nuestra época estaba reservado el honor de descubrir la verdadera humanidad. ⁽¹⁾

No es posible imaginar una oposición más irreconciliable que entre lo que los representantes de la humanidad moderna comprenden por pura humanidad y por Cristianismo. La humanidad—hacemos aún notar aquí que esta palabra encierra en sí una deplorable confusión de ideas, y que debería decirse, propiamente hablando, Humanis-

(1) Ellissen, *Der Geist der Gesetze von Montesquieu*, I, 79 y sig.

mo; pero, entre tanto, atengámonos á ella—la humanidad, pues—dice el primer principio de todas estas tendencias—es incompatible con el Cristianismo y el Cristianismo con la humanidad. El Cristianismo es la muerte de la humanidad. El que debe hacerse cristiano, debe primeramente despojarse del hombre, despojarse de todo lo que es verdaderamente humano, y renunciar á ello. Por el solo hecho de que la fe cristiana quiere obligarnos á vivir sometidos á un Dios que está por encima de la humanidad, no es posible la humanidad. Un Dios puramente espiritual, no podría ser un modelo para los hombres. Otra cosa sucedía en el Paganismo: «En sus divinidades llenas de encantos,—dice Schiller—los griegos tuvieron constantemente ante sus ojos el modelo de la humanidad libre. ¡Qué bello era todo en aquel tiempo! La naturaleza poseía entonces una nobleza elevada, y nada era santo, sino lo bello. Todo eso ha desaparecido ya. Todas las flores han caído. Todas aquellas hermosas divinidades nos han dejado y se han llevado consigo todo lo que la naturaleza poseía de hermoso y sublime. Ninguna divinidad aparece ya á nuestros ojos.»⁽¹⁾ «Lo que adoramos—continúa Goethe—es un hombre invisible en los cielos, sin duda también un hombre visible sobre la cruz;⁽²⁾ mas ¿qué es lo que el hombre puede aprender de sublime y engrandecedor—repetimos estas blasfemias con dolor—de esa imagen que da lástima mirar, adelgazada por el hambre y abrumada por el dolor, de un Hombre-Dios, de miembros dislocados y elevado en la cruz?⁽³⁾ ¿Cómo queréis que el que se ha acostumbrado desde su juventud á temer la sensualidad como un peligro para el alma, á cerrar los ojos ante todo lo que es bello y á violentar la naturaleza, pueda llegar á ser un hombre verdadero? ¿Acaso una gravedad sombría y una abnegación triste, pueden jamás hacernos dichosos? Sin duda al-

(1) Schiller, *Die Götter Griechenlands* (G. W., 1835, I, 108 y sig.

(2) Goethe, *Die Braut von Korinth* (G. W., 1827, I, 244).

(3) *Ibid.* (Ausc. 1827-1832), XLIV, 27; XXXIII, 172; cf. III, 125. Renán, *Etudes d'histoire religieuse*, (3) 412.

guna, vale más decirlo francamente: ¡Apresurémonos á volver á los antiguos dioses!»

3. Abuso de la palabra *humanidad*; verdadera significación de la palabra *humanidad* en boca del mundo.—Principios malísimos son estos, semejantes á los clamores: «Quita; crucifícale», con que los judíos recompensaron, el Viernes Santo, los beneficios del Señor.

Pero lo peor es que estos principios están evidentemente calculados para minar el Cristianismo, y esto de una manera tanto más decisiva, cuanto que los creen dignos de ser expresados públicamente. Lo que además tienen de malo es que, para lograr este fin, se sirven de la palabra *humanidad*, palabra que debe ser considerada como sagrada por todo hombre que no esté despojado de su naturaleza. El mayor de estos males consiste en que se abusa de esta palabra, hasta el punto de que la más indómita de las pasiones, la que soporta menos el yugo de la disciplina, la que, una vez libre de las cadenas que la retienen, escucha menos la razón y las advertencias, es decir, la sensualidad, los instintos de la carne, es arrastrada por el mismo hecho á la lucha contra el Cristianismo.

De ordinario, los apóstoles de la humanidad se muestran disgustadísimos de este reproche. Mas si alguno duda de que esté legítimamente fundado, es fácil aclararlo; no hay más que leer al primer autor que venga á mano que represente la tendencia indicada; la impresión que sentirá será siempre ésta, á saber, que las bellas palabras sobre la simple humanidad libre, no significan en realidad otra cosa que el culto de la sensualidad. Basta fijarse únicamente en la razón por la cual Goethe y Schiller lamentan tan amargamente la desaparición de la antigua y bella humanidad. «¡Cuán diferente era todo esto, cuando brillaba el culto delicioso de aquellos seres encantadores!—dicen sin avergonzarse.—Cuando se adornaban tus templos con guirnaldas, ¡oh Venus Amatusia!, cuando el templo de Afrodita estaba en pie, entonces florecía la verdadera humanidad. ¿Qué son, al lado de esto, los cantos adormecidos de

nuestros sacerdotes, y sus funciones? Su sal y su agua no tienen ningún valor allí donde la juventud experimenta ardientes deseos; no apagan el fuego del amor.» Esto es hablar más que suficientemente claro.

El mismo Herder, evangelista de esta supuesta humanidad, no pudo encontrarle ninguna otra significación en la árida disertación filosófica que le consagró. De aquí que, según él, los indios son los primeros modelos de inhumanidad, verdaderos monstruos, porque, en lugar de dirigir, según la manera griega,—para hablar como Schiller—en lugar de dirigir súplicas mudas á la diosa de Citera y á las Gracias, han hecho, por lo contrario, insensible su piel á las picaduras de los insectos, al rigor del aire, y al ardor del fuego; por consiguiente, han endurecido su naturaleza sensible. ⁽¹⁾

Admitimos que no todos tengan tan malas intenciones, que algunos crean luchar seriamente contra el Cristianismo, viendo en él el opresor y el enemigo de la humanidad; pero éstos son raras excepciones, y aun este reducido número no tiene derecho á servirse de la palabra *humanidad*, pues, según su interpretación, esta hermosa palabra, tan en contradicción está con la humanidad como con el Cristianismo. Es increíble la confusión de ideas que la palabra *humanidad* puede producir aun entre los buenos espíritus. Así, J. H. Jacobi ha escrito una novela, *Walde-mar*, cuyo héroe, deliberadamente, no se casa con la estrella que su corazón adora, sino con una persona que no ama. Obrando así, se pone en un estado enteramente consciente para toda su vida, en un estado de discordia entre su conciencia y su pasión, entre su cabeza y su corazón, entre la inclinación y el deber, únicamente para que la dura eficacia del sacramento cristiano no ponga fin al dulce sueño de una estética consunción sensual. Y un espíritu del cual se tenía derecho á esperar más inteligencia en lo que es verdaderamente humano, Guillermo de Hum-

(1) Herder, *Ideen zur Gesch. der Menschheit*, 8, 1 (S. W. *Zur Philosophie und Geschichte*, 1827, V, 106 y sig.).

boldt, ha llamado á esta desunión y monstruosidad el *todo* de la humanidad.

Aquí no cabe la duda; la monstruosidad y el odio á la religión están comprendidos en la palabra *humanidad*. Aquí, evidentemente, se llama á la estupidez *humanidad*, únicamente porque está en oposición con el Cristianismo.

Federico Schlegel respondió á Humboldt, con fina ironía y amarga verdad, diciéndole que no quería discutir con él, si era aquella la verdadera humanidad, pero que, en realidad, sólo era una *Jacobinería*. Esta broma entraña la expresión que mejor conviene á la verdad. Tantas cabezas, tantas humanidades; sólo que no se ve por ninguna parte á la humanidad. Hay humanidades para dar y vender, pero no hay humanidad.

He aquí cómo debería uno expresarse siempre que tales hombres quieren hacer de guías: «Hablad de Humanismo tanto como queráis, pero callaos con vuestra humanidad. Quedaos con las ideas de Goethe, de Humboldt, de Darwin, pero perdonad á la humanidad, no la toquéis ni con la lengua ni con las manos. Enorgulleceos de vuestro protoplasma, de vuestro gorilismo; pero avergonzaos de alabar vuestra pura humanidad. Creemos perfectamente que, con semejante humanidad, no os es posible ser benévolos para con el Cristianismo. Mas lo que os pedimos, es que no importunéis con equivalentes dudosos, por lo menos, á los que desean la humanidad íntegra.»

Preguntad á cuantos lo han visto por sus propios ojos lo que llega á ser la humanidad cuando se revela contra el Cristianismo. Preguntad á todos los que saludaron á la Revolución con gritos de júbilo, en nombre de la humanidad, á Mirabeau, á Madama Roland, á Forster, á Chamfort, á Klopstock y á Schiller; sus unánimes suspiros os dirán: «Si uno rompe, como yugo indigno, la alianza con lo sobrenatural y la moral, porque detesta la subordinación que este vínculo entraña ordinariamente, no se sobrepondrá á sí mismo, sino que caerá tan bajo, que llegará

á ser capaz de rechazar todo lo que el hombre puede perder.»

4. Relación que existe entre humanidad y Cristianismo.—Pero, uniéndonos de todo corazón á los que luchan con todas sus fuerzas para hacer admitir el principio de que la humanidad y el Cristianismo son inseparables, no queremos—para evitar todo equívoco—dejar de notar de antemano que no tenemos intención de afirmar que los dos son una misma y sola cosa. De que la humanidad no se oponga al Cristianismo, no resulta necesariamente que forme una sola cosa con él. En este sentido, es muy justo decir: «El Cristianismo no es la humanidad.» Este lenguaje en nuestra boca tiene sin duda un sentido muy diferente que en la de los adversarios. Afirman éstos que lo natural y lo sobrenatural son, no sólo muy distintos entre sí, sino aun hostiles el uno al otro, de tal manera que el uno debe llegar á ser la muerte del otro. Estamos convencidos, y haremos todo cuanto sea posible para que el mundo crea que los dos dominios difieren esencialmente entre sí, pero que no existe contradicción entre ellos, antes bien que lo sobrenatural se inclina hacia lo natural para elevarlo y perfeccionarlo.

Hubo un tiempo en que se explicaban todas las doctrinas y todos los preceptos de la Revelación, únicamente desde el punto de vista de la nacionalidad y de la utilidad terrenal. No se prohibía ya el precepto del ayuno porque era un medio de mortificarse y de fortificar al alma, sino solamente porque era bueno para la salud física. Se justificaban las peregrinaciones porque tenían para las gentes vulgares el mismo fin recreativo que el veraneo para los ricos. Ya no era cuestión de puntos de vista sobrenaturales más elevados. Se avergonzaban de lo sobrenatural; apenas tenían de ello el más pequeño conocimiento.

Aquellos duros tiempos pasaron ya; hoy día nos alabamos de lo que en otros tiempos pasaban en silencio, y con razón. Así como los cielos envuelven á nuestro planeta con

su esfera ilimitada, así también lo sobrenatural sobrepuja mucho á lo natural. Mas, á pesar de esto, estamos rodeados por todas partes de lo sobrenatural. Así como el aire penetra y vivifica todo lo que tiene vida, así también lo sobrenatural anima todo lo que es verdaderamente natural y humano. No es aquél un desorden ni un trastorno de lo natural, sino más bien la purificación y el perfeccionamiento de lo que es verdaderamente humano. ¿Qué hombre ha temido jamás que la planta ó la sangre puedan sufrir perjuicio de que el aire penetre en ellas? Del mismo modo, el orden sobrenatural es ese elemento en el cual la verdad humana crece y prospera. Pero de que lo natural tenga necesidad de lo sobrenatural para perfeccionarse, no se sigue que los dos no sean esencialmente diferentes entre sí. Nadie busca la tierra en otra parte sino en el mundo, pero nadie creerá por esto que el mundo no es otra cosa que la tierra y nada más que ella. Por consiguiente, no es contradictorio que digamos que, aunque el Cristianismo es más que la simple humanidad, ésta, no obstante, no prospera sino en la atmósfera de lo sobrenatural, y que la verdadera humanidad no puede encontrarse en ninguna otra parte más que en el Cristianismo.

De aquí se deducen dos principios que forman la base de la religión cristiana. Ningún cristiano puede vanagloriarse de haber cumplido sus deberes de tal, mientras no pueda ofrecer el testimonio de que se ha apropiado la humanidad completa; tal es el primero de estos dos principios. Ningún hombre que aspire seriamente á vivir de una manera humana, puede esperar resolver esta empresa sin el socorro del Cristianismo, es decir, sin llevar una vida verdaderamente cristiana.

5. La humanidad no es en manera alguna una cultura puramente externa.—Mas, para disipar todas las dudas sobre estas verdades y hacer desaparecer todos los equívocos, es necesario que nos pongamos de acuerdo sobre la cuestión de saber lo que es la verdadera humanidad. En el mundo—hablamos del mundo que no juzga sino